

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



FR. JOSE DE SIGÜENZA.

El siglo XVI lo fué de gloria para las armas y las letras de Castilla; enaltecian estas el nombre y la fama del Imperio español, mientras le daban aquellas vasallos, ensanche, riqueza y poderío en ambos mundos. Al lado de los grandes Monarcas florecían los grandes escritores; alcanzaban á la par celebridad eterna nuestros caudillos militares, entre el estrépito y sangrienta confusión de las victorias, y nuestros sábios en la tranquilidad de su modesto y pacífico retiro. ;Periodo afortunado á que en este de lucha intestina y decadencia, es fuerza volver los ojos con entusiasmo

AÑO VIII—2 DE JULIO DE 1843.

mezclado de tristeza, en demanda de alivio y de respiro!

Cúpo la suerte de nacer en él al distinguido personage, cuya vida vamos á bosquejar en marco estrecho, figurando someramente con líneas atropelladas y desnudas los contornos: tarea agradable que merecía mas detenimiento y mas aplomo por la belleza del asunto y por la altura del sugeto.

Fr. José de Sigüenza, nació el año 1545, de padres nobles y honrados, en la ciudad del mismo nombre. Pequeñuelo todavía, inauguraba cándidamente su

afición á los estudios, holgándose en hojear los libros que le daban. De doce años poseía razonables conocimientos de Gramática, Retórica y principios de Arte; y en esa edad tan tierna, le hervía ya en el pecho un santo deseo de consagrarse á la contemplacion divina en la solemne oscuridad del claustro. Abandonó á hurtadillas una madrugada la casa de sus padres, y tomó á pie el camino de Segovia, donde tenia un convento del Parral, de la órden de S. Gerónimo, un tio religioso. Maravillado este de su entereza y resolucion, no le disuadió de aquel propósito, pero atendidos los pocos años y lo endeble y delicado de su cuerpo, consiguió que regresara al seno de la familia, aplazando para mas adelante tan piadoso intento.

A la sombra del cariño paternal prosiguió en la Universidad de Sigüenza los estudios, distrayéndole algun tanto de ellos, y enervando su aplicacion las dulzuras y suavidades de la poesia y de la música. La bulliciosa compañía de otros jóvenes le apartó de la genial severidad y encogimiento; en sus reuniones y veladas de estudiantes hacian versos, disponian mú sicas, travesaban de noche requiriendo con galautes amorios á las bellas de Sigüenza, y ejercitábanse con gentileza en el juego y conocimiento de las armas. Los devaneos y esparcimientos juveniles no le impidieron, sin embargo, adelantar en el estudio de las Artes con aprovechamiento y crédito; pero apenas le hubo terminado, estuvo en poco que no trocase por la armadura militar, el hábito religioso á que aspiraba.

Haciase en 1565 leva de gente contra el turco. Soliman, hijo de Celim, enemigo implacable del nombre cristiano, despues de haber tomado á Rodas, pretendia enseñorearse de Malta, defendida por los Caballeros de S. Juan, á cuyo presidio y fieles manos la entregó años pasados Carlos V. Asediábala estrechamente trescientas velas con numeroso ejército de tierra, y era por tanto de mucha urgencia el socorro que se preparaba. Acudieron al llamamiento muchos españoles, y entre ellos nuestro personaje, cediendo al hervor de sangre moza. Pero llegó tarde á Valencia; los navios de España habian tomado la vuelta de Italia, con el fin de reunir al cuerpo de la armada, las galeras de Nápoles y Sicilia, y marchar todos juntos al socorro. Esto y una grave y larga enfermedad que padeció, le volvieron á los propósitos que habia tenido cuando niño; el cielo le encaminaba sin duda á aquel destino.

Recibió, en efecto, el hábito en el Parral, á los 21 años de edad, y profesó cumplido el noviciado.

Crecia entonces no muy lejos la hermosa fábrica del Escorial, como alentada con la presencia del régio fundador. El P. Sigüenza es sin disputa uno de los religiosos que han honrado mas aquel monasterio, digno testimonio de la magnificencia y del catolicismo que abrigó en su seno la civilizacion antigua, hoy muerta, á nuestra vista, y algunos podran decir, á nuestras manos. Fue de los primeros á oír los acentos de las ciencias eclesiásticas, que comenzaron á resonar en las imponentes y severas bóvedas del Real Colegio de S. Lorenzo, pasando muy luego del banco á la cátedra, y de discípulo á maestro. Desde el año 1590, que hizo se-

gunda profesion en este nuevo Monasterio, permaneció unido á él hasta su muerte. Grande amigo y discípulo del célebre Doctor Benedicto Arias Montañó, le sucedió en la cátedra de Escritura y en el cargo de Bibliotecario. Fue tambien muy apto y adenuado para el púlpito: erudicion, dulzura evangélica, elocuencia varia, un talento admirable para interesar y persuadir, facilidad, elegancia y pureza de estilo y de language, eran, segun las noticias que nos quedan, los dotes de predicador que le adornaban. Gustaba mucho Felipe II de sus sermones y pláticas sagradas, oyéndole siempre con esmerado recogimiento y atencion notable, y entonces solo parecia deponer aquella severidad real que le era como inasta. Aunque este Monarca fue poco aficionado á prodigar elogios, se le oyó decir en una ocasion: *Los que vienen á ver esta maravilla del mundo, no ven lo principal que hoy en ella, sino ven á Fr. José de Sigüenza; segun lo que merece, durará su fama mas que el mismo edificio, aunque tiene tantas circunstancias de perpetuidad y firmeza.* Otro dia hablando sus ministros de este varon insigne, y calificándole unos de virtuoso, otros de sabio, y algunos de santo, díjoles el Rey: *Para que os cansais, decid lo que no es Fr. José y lo que no sabe, y acabareis mas presto.* Conservó Felipe II esta idea justa y acertada hasta el dia de su muerte, en el cual recibió del venerable monje auxilios espirituales, y una asistencia piadosa y esmerada.

No era menor el aprecio que se hacia de él dentro de su comunidad, y generalmente en los conventos de la Orden. Ejerció casi todos los cargos de alguna importancia que se conocian en esta Religion, entre ellos el de Prior, antes del Parral y despues de S. Lorenzo, dando siempre materia á la edificacion y buen ejemplo. Desasido por carácter de cuanto no era obediencia, retraimiento y humildad, admitia los officios con repugnancia, y cesaba en ellos ó los dimitia muy de grado. Tuvo no obstante, á la manera que todos los hombres de gran mérito, perseguidores y adversarios. Tachábanle de condicion áspera y desabrida, y le calificaban de ambicioso, porque recibia distinciones y muestras afectuosas del Monarca: engendras vituperables de la envidia, que si no alcanzaron á empañar su fama, atrajeron sobre él persecuciones y disgustos.

Persuadidos de que hacerle sospechoso en materia de fé era lastimarle en lo mas vivo, acudieron á este medio, sin que los hiciera retroceder del mal consejo la fealdad de la calumnia. Llamóte á Toledo el Santo Oficio para responder á los cargos, y permaneció como detenido en el Monasterio de la Sisa hasta que se hicieron las informaciones, cosa que duró mas de medio año. Una vez hechas, respondió á los cargos tan justificada y modestamente, que el Tribunal de la Inquisicion le dió por libre, honrándole mucho, no mas de lo que merecia, en la sentencia. Para que el desagravio y la reparacion fuesen autorizados y cumplidos, le escitaron los Inquisidores de Toledo á que diese muestra de su elocuencia y erudicion en las sagradas letras, predicando en la antigua y magnifica Iglesia Arzobispal. Divulgóse la noticia (dice un historiador eclesiástico,

que hace memoria de estos hechos) acudieron á oírle, juntóse un auditorio muy numeroso y docto, y lo hizo tan á satisfaccion de todos, que quedó la Iglesia y la ciudad con mucha alegría y edificacion; y él se volvió á S. Lorenzo, con aquel género de gozo de haber padecido por Dios, que se refiere en los Apóstoles y de los que los imitaron en la tolerancia. Acreditó de nuevo con este motivo, la bondad de su carácter; lejos de guardar resentimiento con quienes le habían acusado, les hizo el bien que pudo, distinguiéndolos en todo.

La injusticia y liviandad de esta persecucion, le hicieron medrar, contra la voluntad de sus autores, así en el afecto del Monarca, que le honró con mayores deferencias, como en la estimacion de la Orden, que hubo de elegirle para su Historiador, abriendo nuevo y fecundo campo á sus talentos.

Empleó en este trabajo muchos años y vigiliás, alternadas con la asistencia á los oficios religiosos, de que era observantísimo, y con el desempeño de nuevos cargos, entre ellos el de Prior segunda vez, hasta que gastadas las fuerzas, y consumido por la dolencia, durmió tranquila y santamente en el Señor con un fin tan ejemplar, como lo había sido su existencia.

Ocurrió su fallecimiento el dia 22 de Mayo del año de 1606, á los sesenta y uno de edad, dejando en el Real Monasterio envidiable memoria, y un hueco que no era fácil de llenar. «Lloráronle tanto sus hermanos, dice el escritor á que nos hemos referido, que las muchas lágrimas y suspiros eran de embarazo á las voces, y casi no podían cantar en el entierro: cosa que por maravilla se ve en comunidades tan grandes, que no suele ser en todos tan igual el sentimiento. El Sr. Rey Felipe III, mostró haberle tenido; y muchos Caballeros de su casa y Corte, lastimados de tal pérdida, digeron delante de S. M.: Que era muerto el mejor hombre y mas docto que en el estado religioso se conocia en aquellos dias.»

Algunos años despues grabaron en su losa sepulcral estas palabras:

HIC DORMIT QUI SEMPER VIGILAVIT,

R. P. F. JOSEPH DE SIGÜENZA:

HUIUS R. CAENOBII P.

DISCIPLINÆ MONASTICÆ DECUS:

CHRISTIANA LUÇE HISTORIA:

QUID PLURA?

SCRIPTA LEGE.

OBIIIT DIE XXII MAII, ANNO 1606.

Dejó entre varios escritos uno que le immortaliza vinculando su nombre en la memoria de las generaciones sucesivas. La *Historia de la Orden de S. Gerónimo* se mantendrá firme y elevada en sus raíces, á pesar de la tempestad que arrancó de cuajo y con soberbio ímpetu las comunidades religiosas. El brazo colosal de la revelacion puede reducir á polvo las instituciones de los hombres, igualar con el suelo los monumentos de la postrada civilizacion que naufraga al impulso de sus iras, convertir los Monasterios en ta-

lleres; pero no le es dado borrar las endebles páginas de un libro, cuando el libro se recomienda al estudio y á la meditacion de las acciones.

Dividió el P. Sigüenza su obra en tres partes, que componen igual número de tomos. En la primera escribió la vida de S. Gerónimo, Doctor de la Iglesia y Fundador de la Orden, trabajo esmeradísimo en la eleccion de los hechos, y muy digno de ser consultado por la dignidad y elegancia de la frase. Empleó la segunda en referir los varios sucesos y adelantamientos de la Orden, y consagró casi toda la tercera á describir con magnífico y vivo colorido la fundacion del Escorial. No concebirá de un modo cabal el mérito imponderable de esta maravilla de las artes, quien no haya leído aquellas descripciones animadas, donde está galaicamente retratado con la fuerza y el relieve de la verdad que penetra por los ojos, el nacer, el crecer, el bullir y el terminarse de aquella obra inmensa, que tragó para su aliñado y actual compartimiento montes de piedra y bosques de madera. Aquellos oficios y artes tan diversos, desde la humildad de la simple cantería, hasta la mayor excelsitud de la arquitectura y la pintura, debian ser muy familiares á quien los reproduce y embellece todos en su obra con prodigiosa facilidad y maestría.

Fuera de esto contribuyen á hacer un libro clásico de la *Historia de la Orden de S. Gerónimo*, el método y sencilla claridad con que está escrito, la erudicion y curiosas noticias de las lenguas hebrea, griega y árabe que encierra; el copioso caudal de letras profanas y sagradas, la fluidez y nobleza del estilo, y lo numeroso, castizo y selecto de la frase. El asunto de la obra parecerá probablemente á los mas pesado y soporífero, en estos tiempos de escasa devocion y de fé tibia; pero aun á riesgo de que se malogre nuestro buen deseo, recomendamos su lectura á los apasionados de la añeja y sonora lengua de Castilla; nosotros la emprendimos mas de una vez, y no nos ha pesado.

Hay noticia de otros trabajos del P. Sigüenza, algunos impresos, y vácidos manuseritos; indicaremos entre ellos un libro de discursos sobre los doce capítulos del *Eclesiastes* de Salomon, y la historia del Rey de los Reyes que intituló: *Jesus Christus heri et hodie, ipse et in secula*, con muchos sermones y bastantes poesías del género sagrado, si bien las que conocemos de estas últimas, nos parecen de mal gusto, siendo, á no dudarlo, muy inferior á sí mismo en los versos cotajados con la prosa. Débesele tambien la traza y eleccion de historias para los bellísimos frescos de Tibaldi y de Carducho, precioso adorno de la suntuosa Biblioteca que tuvo á su cargo en S. Lorenzo.

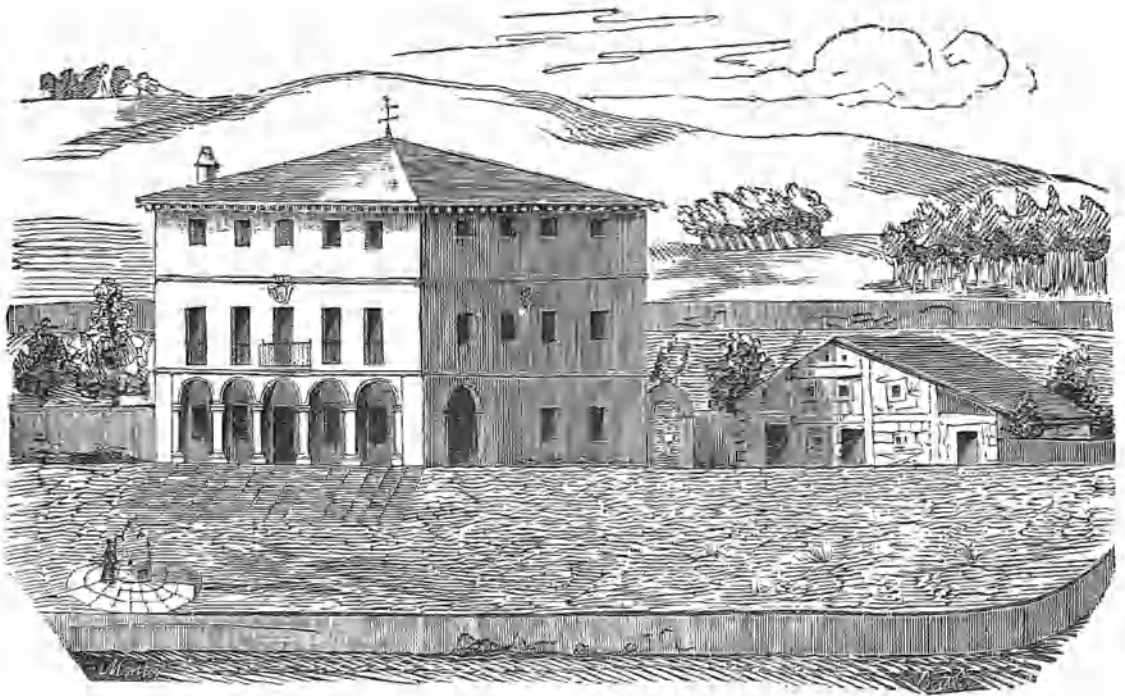
Recordamos haber oido á persona muy competente que el P. Sigüenza se ocupaba en preparar una *Historia general de España*; pero sabedor de que el célebre P. Mariana tenia adelantado igual trabajo, desistió de su propósito, y le remitió todos los papeles y documentos acumulados al efecto, para que de hallar algo interesante lo aprovechase como suyo: rasgo que haciendo mucho honor á la humildad, de nuestro personage, no perjudicó á la fama harto asegurada por la bellísima *Historia* de su Orden.

Pudiera decirse mucho más del santo monge y del escritor piadoso y venerable que revela en los lineamientos del rostro, y en las hondas arrugas de la frente, reproducidos por el hábil pincel de *Alonso Sanchez*, la austeridad de su carácter y el fondo de su al-

ma, sino lo vedaran la práctica del *Semanario* y la rigidez inflexible y casi geométrica con que su apreciable Director y nuestro amigo, maneja el compás de periodista.

FERNANDO ALVAREZ.

ESPAÑA PINTORESCA.



Palacio de Larraco en Lezama de Ayala.

A corta distancia del camino real, que desde la villa de Balmaseda cruza por el lugar de Lezama de Ayala, provincia de Alava, hay un barrio llamado de la Padura, que lo componen unas cuantas casas humildes y esparramadas. Entre estas se distingue una por su elegancia, solidez y gentileza, que la titulan Palacio de Larraco, fundado por el capitán D. Juan de Ugarte, Caballero de la Orden de Santiago. (1)

La idea que debió mover al fundador á construir, en aquel sitio hondo y desierto, una obra de tanto costo, no fue otra sin duda, que el conservar la antigua casa solar de donde tuvo su origen, noticia que no se ha podido hallar entre los papeles del vínculo de Doña Elisa de Ordovas y Mariaca, á quien hoy per-

tenece; pero que según todos los antecedentes, debe ser del siglo VIII, no así el Palacio y sus accesorios, que datan del año 1645 al 1650.

Examinando con detención las partes que componían esta vasta posesión, dá una idea de la grandeza de aquellos tiempos. El edificio es de sillería, robusto y cómodo, y las demás partes que de él dependían (como lo indican sus ruinas y vestigios), guardaban proporción entre sí, y aumentaban el lujo de los Señores. Además del Palacio y antiguo solar que se ven en el dibujo, y sin contar los bosques, campos y arbolares, se encuentran dentro del cercado, que abraza una circunferencia de cerca de 4000 pies castellanos, de paredes adornadas de trecho en trecho con muros circulares, las ruinas de la Ermita-Parroquia (2) que fue de S. Juan Bautista, cuyo pórtico, sacristía y par-

(1) Entre los hijos de este pueblo, se ha señalado el capitán D. Juan de Ugarte, el cual levantó un regimiento á su costa, y sirvió con él y su persona á Felipe IV en la revolución de Cataluña, por los años de 1650. D. G. H. D. España.

(2) Se le dá el título de Parroquia porque la casa tiene el privilegio de bautizar, casar y demás sacramentos de la Iglesia.

te de oro aun se conservan; los vestigios de la casahona, parte de los cimientos de la panadería y horno, y una bóveda subterránea en cuyo fondo hay señales de haber habido fuente.

De los tres cuerpos en que está dividido el Palacio, en el bajo hay local para bodegas, almacenes y otras piezas, pues la caballeriza debió estar en la casa vieja; en el principal la habitación para los Señores, y en el segundo para los sirvientes. Entrando en el zaguan interior por el centro del edificio, está la grandiosa escalera con gradas de piedra y pasamanos de hierro, sostenidos entre arcos y pilastras. Desde el primer tramo tiene salida al patio y arco de sillería labrada, que se comunica con la casa nativa del fundador. Subiendo el segundo, se encuentra el vestíbulo alto ó recibimiento, donde se ven todavía los armazones de madera que servían para colocar las diferentes armas blancas de que en tiempos anteriores se hacía uso. Desde esta pieza se comunican todas las interiores divididas con regularidad, y en una de sus salas, que en otro tiempo pudo ser gabinete de pinturas ó pequeño museo, hay varios cuadros de retratos de la familia, pasajes de la Sagrada Escritura y caprichos diferentes, entre ellos algunos de buen pincel.

La serie de años, las variaciones del vínculo, las guerras y convulsiones políticas, y el abandono que en medio de estos trastornos sufría precisamente esta casa, han sido causa de que se perdieran varias antigüedades de mérito. Hasta la época de la Constitución del año 20, parece se conservaban bastantes pinturas, muchas armas y diferentes muebles y efectos de casa. Al presente solo existen algunos ornamentos y estatuas medianas de la Iglesia, la cama, que dicen ser del fundador, compuesta de cuatro columnas sobre pedestales de proporciones dóricas, que rematan en jarrones é infinitos adornos de estilo plateresco, unyo dorado está aun permanente, una mesa de nogal tambien adornada y perfectamente trabajada, cuatro espadas antiquísimas, y una alabarda de rara y particular figura. En la casa inmediata adonde nació el fundador, están depositadas las ruedas y parte del calesín ó coche, de que hacía uso el Señor, efectos que por lo mismo deben tener muchos años.

Aunque una mano reparadora quisiera dar á esta quinta su antiguo brillo y esplendor, concurren en ella tantas y tan diversas circunstancias, que es difícil llegue á suceder; además de que su situación es poco agradable, aun suponiendo que sus dueños quisieran habitarla algunas temporadas de verano; pues si al construirse les hubiera ocurrido fundarla mas á la cumbre de la colina, que está al pendiente de la posesion, sus vistas hubieran sido mucho mas pintorescas y variadas; sin embargo, en el dia se la tiene algun cuidado, y bastará para que exista sin mas deterioro una obra de buena arquitectura para la época en que se edificó; pues entonces y aun mucho despues no se reconocian arquitectos en las provincias.

Marzo 1.º de 1848.

L. F. DE MOÑIZ.

NOVELAS.

EMILIA GERON.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

X.

EL CAZADOR.

Dejamos á Emilia, la linda heredera del Condado, entregada á la agitacion que hubo de causarla el encuentro con el jóven que la regaló una liebre, acompañándola desde *la Fuente de los Cazadores*, hasta la puerta de su hacienda.

Desde entonces salió Emilia del estado indefinible en que se hallaba, y un nuevo género de reflexiones sucedió á la penosa situacion en que se la veía sumida, experimentando deseos vagos en vez de inquietud y desórden, y en lugar de tristes y melancólicos sueños, dulces y prolongados arrobamientos, que la representaban, no ya objetos confusos é informes, sino acaradas y risueñas figuras de graciosos y ligeros contornos, que iban á vagar en derredor suyo, ofreciéndola en doradas copas deliciosísimas bebidas, las cuales embriagaban el corazon y los sentidos de la hermosa jóven, quien al despertar mostraba en su frente el sello de la mas pura alegría.

Despues relevó á la tia Josefa del cargo que la habia dado, y ella misma se dedicó á cuidar de la liebre, la cual fue domesticándose rápidamente hasta el punto de seguir á Emilia como un perrito, de saltar á su falda, acudir á su voz y comer en su mano. La heredera le puso un collar de grana lleno de cascabelos, y pasaba horas enteras á su lado, divirtiéndose en jugar con ella, y algunas veces en entristecerla, pues era tal el instinto del pobre animalito, que conocia si Emilia estaba ó no enfadada, arreglando sus movimientos y sus caricias á las diversas emociones que revelaba su semblante.

Habia notado la heredera, que el jóven tirador de barra, el encargado de proveer de caza á Casa-Blanca, se complacia en verla jugar con su liebre, y esto bastó para que le tomase un afecto que se aumentó por grados, á medida que fue conociendo su honradez, y las buenas prendas que le distinguian de los demas empleados en la casa. Era doblemente mas fino que ellos, mas guapo y de maneras mas nobles; además su conversacion era muy amena, y sabia leer y escribir con perfeccion. Todo esto, y el recuerdo que su presencia excitaba en Emilia, presentándole la imagen de cierta persona á quien se parecía, la hizo aficionarse á él, convirtiéndose en cariño lo que al principio fue solo afecto.

Tambien el cazador quería mucho á Emilia, pues á todas partes la seguía, siempre se encontraba á su paso, y á cualquier sitio á donde ella se dirigiese se

encaminaba él. Si Emilia iba al jardín, allí estaba el cazador: si se alejaba de la hacienda, prolongando su paseo hasta la huerta, no había hecho más que penetrar en ella, cuando ya veía al cazador: si alguna vez llegaba hasta la puerta, divisaba al cazador con sus arreos y cargando la escopeta; en todas partes, en fin, el cazador y siempre el cazador.

Un día se internó Emilia en el fondo de un bosque sumamente delicioso, y en él encontró al cazador á la márgen de un arroyo, haciendo canastillos de paja. La heredera fue á sentarse á su lado, y permaneció un rato en silencio viéndole trabajar; mas pronto trabó conversacion con él, rogándole le hablase de la caza, que debía ser muy divertida.

El jóven, sin dejar sus labores, le hizo una pintura de la vida del cazador, describió sus costumbres, sus juegos, sus placeres, y sus fatigas tambien, porque suele salir enjuto de casa y volver á ella empapado de pies á cabeza, habiendo tenido que atravesar á nado un río ó caudaloso arroyo, si se vé sorprendido por la tormenta en medio de las campiñas, porque á veces cree perseguir á un conejo ó una liebre, y se encuentra con un animal dañino, un lobo por ejemplo, que desgarrá los indefensos galgos, no pudiendo su dueño vengarlos, pues cargada la escopeta con munición va á perderse el tiro en el aire, sin hacerle mella; porque el día que está de desgracia no le sale un vicho, y se cansa en vano, corriendo aquí y allí, sin poder aprovechar el tiro, y porque experimenta varios otros contratiempos, solo conocidos del que los sufre.

«Segun eso no te gusta la caza, dijo Emilia luego que el jóven concluyó.

—Si me dedicara á ella por diversion, me gustaria, repuso el mancebo, pero como este es mi oficio, me cansa, á pesar de que no es de los peores.

—¿No tienes familia? preguntó la heredera.

—No señora, respondió él, contó en seguida una historia muy bonita, muy bien urdida y que tenia visos de verdad.

La heredera le escuchó con suma atención, y volvió á preguntarle:

«¿Con que eres sólo?

Solo nó, que tengo un primo, contestó el jóven.

—¿Es tambien cazador? demandó Emilia con viveza.

—Oh! si Señora, tira como el mejor de estos contrornos.

—¿Se parece á tí?

—Muchísimo; algunos nos han confundido.

—Yo le conozco, dijo Emilia, y contó el encuentro de la *Fuente de los Cazadores*.

El jóven se sonrió, diciendo luego con voz triste:

«El es rico, y yo soy pobre.

—Y qué! exclamó Emilia: ¿no te quiere por eso?

—Oh! no Señora; ha estado manteniéndome mucho tiempo, pero no he querido serle gravoso, y á pesar de sus instancias, me he separado de él para ganar mi vida como Dios me dé á entender.»

Durante seis minutos reinó entre los dos jóvenes el mas completo silencio, mas lo rompió el cazador, diciendo á Emilia en tono de confianza:

«Ahora está enamorado.

—¿Quién? preguntó la heredera.

—Mi primo, Señorita... como V. hablaba de él...

Ah! sí... ¿y es bonita?

¿Quién? demandó el mancebo.

—La jóven de quien tu primo está enamorado, dijo Emilia.

—Como un ángel, Señorita: tiene ojos azules, cabellos rubios, cutis finísimo, tez fresca como las flores, manos muy lindas, pies sumamente pequeños, y su voz es tan dulce como la de las auras...»

Hizo el jóven una pausa, y despues exclamó:

«Pobre Carlos! qué triste está! Ayer le encontré cazando, y me contó sus penas, rogándome entregase esta carta á la que lo tiene así.»

Y el cazador enseñaba un papel que había sacado del bolsillo de su chaqueta. Emilia se lo arrebató con gracia infantil, leyó el sobre, y al ver que era para ella, se lo guardó en el seno y echó á correr. El jóven la siguió algunos pasos preguntándola:

«¿Qué le digo?»

Pero Emilia, sin volver la cara atrás, gritó:

«Nada! no le digas nada!...»

Y apretó á correr mas, como si temiera que el cazador hubiese de arrebatársela el tesoro que llevaba en su pecho.

¿Qué creeran mis lectores que hizo Emilia?... Dirijirse como una flecha hácia la casa; se puso de un brinco en el portal; atropelló á la tía Josefa, que hilaba y gruñía al mismo tiempo; subió en dos saltos al otro piso; entró en su alcoba; cerró la puerta, y fue á descansar de su larga carrera, tirándose en la silla que vió mas próxima. Despues sacó del seno la carta; la miró por uno y otro lado, como si quisiese ver por fuera su contenido, rompió la oblea con mucho cuidado; desdobló el papel con mano temblorosa, y palpitándole el corazón, leyó las siguientes lineas:

«Cuando un hombre es presa de la inquietud mas viva; cuando, víctima de una pasión ardiente, pasa las noches sin sueño, y los días entregado á la mas penosa agitacion, ¿qué otra cosa debe hacer sino acudir á la muger que ha causado sus males, para que cierre las heridas que en su corazón ha abierto, aplicando en ellas el bálsamo del consuelo?... Un encuentro casual ha decidido mi suerte, habiendo perdido en un instante la libertad, fascinado por las miradas de un ángel. ¿Puedo alegrarme de ello, ó gemiré desconsolado un día y otro día, lanzando imprecaciones contra el destino que me condujo á la *Fuente de los Cazadores*?... Oh! por Dios, contésteme V. con franqueza: ¿podré ser dueño alguna vez de su amor, ó tendré la desgracia de que el mio no haga en V. la menor impresion?... Háblame V. con ingenuidad, y si acaso la compasion obra en V. mas bien que el cariño, no abra mi pecho á la esperanza para arrancármela mas tarde; dígame V. que no me ama, declaracion que le agradeceré, porque aun cuando me sumirá en el dolor y la desventura, quiero apurar de una vez toda la copa de veneno, y no ir bebiéndolo gota á gota.»

De toda esta fraseología amorosa, solo entendió Emilia, que el hombre que la regaló la liebre, no dormía; que tenía herido el corazón; que había perdido su libertad, y que ella podía ponerlo bueno, lo cual se propuso hacer con toda su alma, porque era muy compasiva, y no la gustaba que nadie padeciese.

También comprendió que el cazador la amaba, de lo que se alegró no poco. Sin embargo; ¿no podría ser mentira? Esta reflexión, que fué á asaltarla de repente, la entristeció un momento; pero muy luego recobró su anterior alegría, acordándose de que aquel había mantenido á su primo, lo cual indicaba tener excelente corazón; porque conviene sepan mis lectores, que todas las buenas acciones Emilia veía en otros, encerraban para ella un mérito extraordinario, al paso que las suyas de nada valían, quedándose siempre con el sentimiento de no poder hacer más.

Al día siguiente vió al cazador en el mismo sitio, y le rogó la dijese si era cierto que su primo la amaba, porque sería una crueldad enganarla. El mancebo la satisfizo completamente, describiendo la pasión de su primo con tal fuego, que seguramente el amante no hubiera podido hacer más, si hubiese tenido delante al objeto de su amor.

Mientras hablaba el joven, Emilia vió en un almendro un nido, y cuando hubo acabado le dijo:

«¿Quiéres cogermé aquel nido?»

Porque la hija de Buena Estrella era antes que todo una niña.

El cazador trepó al árbol, pero desgraciadamente las delicadas ramas del almendro no pudieron sostenerle, y desgajándose, vino á tierra el joven con nido y todo, clavándose en la mano izquierda un tronco seco. Emilia le ayudó á levantarse; estrajo el fragmento de la herida; se la lavó con agua del arroyo; puso sobre ella un pedacito de tafetan inglés que llevaba en la faltriguera de su vestido, y sin reparar que dejaba sus blancos y torneados hombros desnudos, y enteramente entregados á las ardientes miradas del cazador, se quitó el pañuelo que al cuello llevaba, bendando la mano al mancebo con una gracia encantadora.

Este sacó entonces un billete, y se lo alargó, diciéndole que su primo se lo había dado la tarde anterior. Emilia lo abrió allí mismo, y leyó en alta voz estas pocas palabras:

«Mañana á las siete, en el *Campo de las Azucenas*.»

«¿Irá V.ª preguntó el cazador.

—Sí, contestó Emilia, y se dispuso á alejarse; pero el joven la detuvo, apoderándose de su mano y cubriéndola de besos, lo que atribuyó la heredera al agradecimiento por haber accedido á la petición de su primo.

J. MANUEL TENORIO.



POESÍA.

A DOLORES....

SONETO.

Gallardo en su rosal rojo capullo
Diamante ostenta en que la aurora baña,
Se mece al aura, y siembra la campaña
De húmidas perlas, matinal orgullo;

De amante ruiseñor el tierno arrullo
Le regala exalando queja extraña;
Para ser rosa, lumbre que le daña
Aguarda inquieto en plácido murmullo.

Ya abierto al Sol, menor es su alegría
Al ver su pompa del rosal en brazos,
Que de verte el placer, Dolores mía;

¿No ha de gozar jamás de tus abrazos?...
En instante los sienta, y luego impía
La muerte venga entre tan dulces lazos.

M. CARRERA Y ENJUTO.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

EL COCHERO DE CARLOS V.

El 1539 los Ganteses se habían rebelado contra la dominación del Emperador Carlos V; pero el movimiento fue prontamente sofocado, y los cabezas del motín fueron entregados en manos de la justicia, y condenados al último suplicio el 17 de Marzo de 1540; nueve de ellos habían terminado su existencia en el cadalso, y para el 5 de Mayo otro debía sufrir igual suerte. Este desgraciado era un rico mercader llamado Juan Teursten, al que su padre había dejado una copiosa herencia. Tenía aquel una hermana cuya belleza se había hecho proverbial entre los Ganteses. Cuatro años antes de la época á que nos referimos, un joven hijo de un honrado mercader de paños, había pedido la mano de Renilde, tal era su nombre; pero el hermano, no teniendo por bastante rico al pretendiente, negó su consentimiento para semejante alianza. Miguel Weber, que así se llamaba el joven desesperado, abandonó su patria y vino á España á buscar fortuna, y despues de haber por largo tiempo luchado con su mala suerte, esta le proporcionó al fin el no despreciable empleo de cochero del Emperador.

Habiendo vuelto á Gante con el Príncipe, su primer paso fue el avistarse con su querida Renilde, á la que nunca había olvidado. Weber supo entonces con espanto que su hermano Juan era uno de los condenados á muerte de resultas de los últimos acontecimientos, y al mismo tiempo le dijo Renilde: «si mi hermano no obtiene su perdón, de lo que aun tengo esperanzas, estoy resuelta á tomar el velo, y á consagrar el resto de mis días á la oración y penitencia.»

Weber marchó al punto á la prisión con la esperanza de conseguir de Juan el beneplácito para su enlace con Renilde, y despues que oyó este todo lo que el cochero habia sufrido por amor á su hermana, le contestó:

—Escucha Weber. Sácame de este calabozo, ó consígueme un perdón, y al instante serás mi hermano.

Weber desconsolado con semejante respuesta salió de la prisión; los momentos eran preciosos; no faltaban mas que cuatro dias, ¿y qué podría hacer en tan limitado tiempo? En vano empleó en los tres primeros el apoyo de Fernando Rey de Romanos, y de María de Hungría, que por casualidad se hallaban á aquella sazón en Gante. No consiguió sino una absoluta prohibición de hablar en favor del condenado. Ya no restaba mas que un dia de esperanza á Weber y á Juan Teursten. El primero volvió á la prisión.

—¿Has adelantado algo, exclamó el prisionero, lo mismo fue apercibirle.

Weber calló!

—Gran Dios, mañana es el dia fatal!

—Nada he podido conseguir, respondió tristemente Weber.

—Pero tu te olvidas, repuso Juan, que eres cochero del Emperador? ¿No sabes que si encuentra algun condenado á su paso por alguna calle, está obligado á perdonarle? Miguel, por Dios, conduce al Emperador por donde yo he de pasar mañana, al dirigirme al suplicio.

—El medio es bueno, dijo para sí Weber; pero lo malo es que el Emperador gusta mas de ir siempre á caballo, que no metido en carruaje.

—¿Sale mañana el Príncipe? preguntó Juan.

—Creo que á los diez saldrá con direccion á la Casa Consistorial, y volverá á las doce á comer á su Palacio, contestó Weber.

—Hé aqui sobre lo que yo fundo mis esperanzas, repuso Juan; Miguel, es preciso que conduzcas al Emperador hácia el lugar de la ejecucion.

—Weber estaba como pensativo: «Calla, dijo de pronto, quizá puede ser que tenga esa dicha, pues he oído que el Príncipe estaba un poco indispuerto de resultados de la caza de ayer, y será muy probable que por su mal estado mañana no salga sino en coche.

—Dios lo quiera, le interrumpió con avidez el preso.

En este momento la puerta del calabozo se abrió, y los confesores entraron á fin de disponer al reo para su última jornada. A poco tiempo se anunció en todos los sitios públicos por el pregonero, que al siguiente dia 5 de Mayo, el último de los condenados sufriria el último castigo.

El cochero á la mañana siguiente recibió la orden de tener dispuesto el carruaje para la hora de las diez. Al dar el reloj esa hora, el Emperador subió en su coche; Weber ocupó su puesto en la delantera, y los caballos se dirigieron á las Casas Consistoriales, á cuyas deliberaciones iba á asistir el Príncipe.

Weber era presa de las mas terribles angustias. La ejecucion debia de verificarse á medio dia; si la se-

sion no se levantaba poco antes de esa hora, Juan era perdido sin remedio.

El minuterero del reloj señalaba ya las doce menos cuarto, y el eco fúnebre de las campanadas de la agonía se oía con la mayor claridad. En este momento salió Carlos V, sube al carruaje y el oficial de la escolta indicó á Weber las calles por las que espresamente habia dispuesto el Emperador ser conducido á su Palacio, para evitar de ese modo el encuentro con el reo.

El cochero se persignó, y encomendándose á la proteccion de su patron, se dirigió con confianza por las calles indicadas, mas al llegar á los almacenes de beno, se volvió bruscamente por diferente camino, haciendo galopar los caballos á fuerza de latigazos. En seguida á pesar de las voces y resistencia de la escolta, atravesó la calle de Graneros, el puente del Madero, y llegó por último con el coche á la plaza de Sta. Faraide, donde aquel se detuvo sin pasar mas adelante.

Asombrado el Emperador del extraño camino por donde se le habia conducido, se asomó á la portezuela del carruaje, que se hallaba rodeado por la multitud, y al momento esta prorrumpió en gritos de alegría. El ejecutor arrojó la cuerda con que iban á ser ligadas las manos del reo. El confesor dispuesto ya á darle la última absolucion, exclamó: *Alabado sea Dios.* Carlos V hizo una inclinacion de cabeza, y Juan Teursten fue perdonado entre los aplausos de la muchedumbre.

Vuelto ya á su Palacio el Emperador, mandó comparecer ante su presencia al cochero. Weber lo confesó todo.—Señor, dijo por último al concluir su relacion. V. M. ha hecho en este dia la felicidad de cuatro personas.

—¿Quiénes son esas? preguntó el Príncipe.

—V. M., Renilde, vuestro cochero, y Juan Teursten, contestó Weber.

—Dios sea con vosotros, repuso el Emperador, y sed felices, y al momento pasó á la habitación inmediata á contar lo sucedido al Rey Fernando y á María de Hungría sus hermanos.

Ocho dias despues, Miguel Weber celebró su matrimonio con su querida Renilde.

MISCELANEA.

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS MORALES.

La desesperacion es el mayor de nuestros errores.

VRAUVENARGUES.

La naturaleza humana es tan débil, que los hombres honrados que no tienen religion, me hacen temblar con su virtud peligrosa, como los bailarines de cuerda floja con sus peligrosos equilibrios.

DE LEVIS.

El Talión, es la justicia de los injustos.

SAN AGUSTIN.